

PROLONGACION DE LA NOCHE

Por las noches, después de cenar con su mujer y las niñas, se sentaba frente a la ventana y dejaba correr la imaginación —las luces de la ciudad resultaban un incentivo espléndido— abandonándose a los caminos que quisiera imponerle, asumiéndolos, llevándolos a sus últimas consecuencias, construyéndoles el escenario requerido con una delectación casi sensual, sintiendo en su cuerpo el reflejo de las situaciones fantaseadas, el ritmo acelerado del corazón cuando se acercaba a puntos climáticos, la emoción concentrada en el sabor de la saliva. Se inventó, por ejemplo, otra casa (más grande, de dos pisos, aunque modesta, sin demasiadas pretensiones: un jardincito con lirios a la entrada, una sala con sillones de cuero, un comedor con una mesa amplia de caoba y en el piso de arriba las recámaras) y otra familia: una mujer alta y delgada y no dos hijas sino dos hijos. Durante el día, en la oficina, intentaba no perderse en esos laberintos porque invariablemente se veía afectado el trabajo. Por las noches en cambio, sentado en su



sillón de pana verde y con una buena dotación de cigarrillos, podía volar a placer, sin ataduras, salir de sí mismo y ubicarse en cualquier parte, en el mejor sitio, contemplarse como un objeto cabal, dotado de un esplendor pulimentado a base de anhelarlo profundamente, de trabajar en él durante el día, como esos soldaditos de plomo de los cuentos que por las noches viven una exaltación que es la respuesta a tanta inmovilidad y tanta desidia diurna. Imaginó con detalle cada personaje, cada mueble, cada rincón de su nueva casa. Todo sucedía en el vidrio como en una pantalla que recibía los acontecimientos de afuera, en el vacío, en la oscuridad, el crepitar de una hoguera flotante, un escenario montado con trocitos de cartón. El mundo de atrás —el ir y venir de su mujer y las niñas, el ruido de los trastes, el correr del agua, el murmullo de las voces, la música del radio, el golpe suave de los pasos— permanecía aparte, a un lado, indemne. Sin embargo la primera sorpresa se la llevó una madrugada: soñó que hacía el amor con su otra mujer, con la inventada por él. Y, lo que más le asustaba: su corporeidad, lo delineado de sus facciones, el brillo de sus dientes, lo sedoso de su pelo, los hoyuelos en las mejillas al sonreír, el vello fino y rubio de sus piernas y de sus brazos. Dos noches después comprobó un detalle perturbador: mientras se sentaba frente a la ventana no existía para su mujer y las niñas. Simple y sencillamente no existía. No que se olvidaran de él por un momento, que lo dejaran abstraerse, no. Más bien como si no lo vieran, como si no estuviera ahí y ellas se hubieran resignado a la ausencia, a vivir solas y a no incluirlo en sus planes. Después, cuando apagaba el cigarrillo y se ponía de pie, todo volvía a la normalidad: conversaban, salían a caminar un rato o veían la televisión. Pero una noche sintió que las realidades se interferían, competían entre sí, al descubrir que el brazo del sillón era el del sueño. Se volvió buscando el mundo de atrás, el del día y la luz, y apenas soportó unos segundos lo que veía; enseguida regresó a la ventana, mirando hacia lo alto, hacia la parte más oscura de la noche, intentando un último esfuerzo por recuperar lo que parecía irremediablemente perdido, el único mundo al que tenía derecho, pensaba; el mundo donde residían su cuerpo y sus recuerdos y los seres con los que estableció un contacto distinto, donde quizá hubiera logrado perderse en diferente forma a como ahora lo hacía, quizá, pero ya qué más daba: el brazo del sillón (que no era de pana verde sino de cuero negro) continuaba ahí, definitivo, tan real como su respiración entrecortada, agitada y lenta a la vez. Dio una última fumada al cigarrillo y con una sonrisa que no pudo evitar a pesar del miedo, esperó a que la mujer alta y delgada se acercara y le acariciara la nuca muy suavemente, primero con las puntas de los dedos y luego hundiendo la mano en el pelo, como imaginó tantas veces que lo acariciaría. Débilmente, como música de fondo, le llegaban las risas y los gritos de los niños jugando en el piso de arriba.